

“Dios Desea Que lo Encontremos”

Hermana Tamara W. Runia

Primera Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

¡Amigos míos! ¡He estado esperando con anhelo este momento y la oportunidad de expresar los sentimientos de mi corazón hacia USTEDES!

Estoy muy agradecida por su deseo de ser parte de la familia de BYU-Pathway. A veces puede parecer abrumador, o si apenas están comenzando, pero les testifico que su potencial excede lo que puedan imaginar, y que no recorren este camino solos.

¿Recuerdan cuando el Señor invitó a Enoc diciendo: “Anda conmigo”? Tienen un Padre Celestial que realmente está ahí, y Él desea saber de ustedes, así que hablemos de la oración y cómo puede marcar la diferencia.

Hace años, cuando nuestro hijo estaba en noveno grado, me envió un mensaje de texto desde la escuela y me preguntó: “Mamá, ¿qué vas a hacer para almorzar?”.

Le respondí: “Me están cortando el cabello ahora mismo. Lo siento, ¿querías que almorzáramos juntos?”.

Me respondió: “Bueno, es que estoy solo y no tengo con quién comer”.

Rápidamente respondí: “¡Oh, hijo, lo lamento, sé lo que sientes! Trata de buscar a otras personas que estén solas también. Sé que en tu escuela, un chico se despertó esta mañana y oró para no tener que almorzar solo”.

En tono de broma, él respondió: “¡Sí, ese chico era yo!”.

Cuando nuestros dos hijos menores, Pater y Berkeley, nos acompañaron en nuestra misión a Australia, pensamos que terminarían la escuela secundaria allí, pero después de seis meses, regresaron a Utah para graduarse a tiempo. Habíamos ayunado y orado por mucho tiempo sobre esa decisión, y aunque era la más difícil, todos sentimos que era la correcta.

Pater se graduó según lo previsto y partió a su misión, y Berkeley estaba por comenzar el último año de secundaria en Utah.

Antes de que se fuera de Australia, nos sentamos juntas y dijimos: “¡Nos vamos a extrañar mucho!”.

Entonces dije: “Pongamos una alarma en nuestro teléfono que nos recuerde comunicarnos cada día. Yo pondré la mía a las 7:30 de la mañana, hora de Australia, y tú pones la tuya a las 3:30 de la tarde, hora de Utah, cuando regreses de la escuela”.

Le dije que, ya que sus tardes probablemente estarían más ocupadas que mis mañanas, yo esperaba a que ella me llamara. ¡Fue un buen plan!

Una mañana, mientras esperaba su llamada, pensé: ¿Qué habría pasado si, al salir cada uno de nosotros de nuestro hogar celestial, hubiéramos acordado algo similar con nuestro Padre Celestial?

Imagínense si hubiéramos dicho: “¡Nos vamos a extrañar mucho! Hagamos esto: Hablaremos todas las mañanas y noches mediante la oración para comunicarnos cada día”. ¿Y qué pasaría si Dios nos dijera: “Debido a que tu planeta estará sujeto al tiempo, estarás más ocupado que yo, así que esperaré a que te comuniques conmigo”?

Como en la historia de mi hija, ¿nos comunicamos con nuestro Padre todos los días?

Según mi experiencia, hay tres cosas que pienso que son verdaderas sobre la oración:

Nro. 1. “La oración es una forma de trabajo”.

Leí esto en el Diccionario bíblico hace años, pero ¿qué significa? ¿Se parece a Enós, que oró todo el día y aún hasta la noche?

Creo que podría significar permanecer de rodillas hasta que nuestra oración casual se convierta en una “potente oración”. Si soy sincera, esta transformación ocurre cuando estoy a punto de terminar y decir “amén”; pero entonces hago una pausa y pienso en las cosas que no quiero decir. Pienso en las cargas pesadas que llevo y en los temores que ni siquiera quiero admitir.

Entonces mi corazón se ablanda, se abre de par en par y hablo con mi Padre Celestial, que me escucha como si yo fuera la única persona. Cuando oro con todo mi corazón, eso es “potente oración”.

De joven me enseñaron que, después de terminar mi oración, debía permanecer de rodillas y escuchar, lo cual tiene sentido. Es decir, imaginen que sonara la alarma de Berkeley, ella me llamara y expresara sus sentimientos, incluso suplicando ayuda, y luego colgara sin siquiera esperar mi respuesta.

Les contaré cómo son mis oraciones ahora. No se trata solo de que yo hable, termine la oración y luego escuche. Es más bien una conversación real de hablar y escuchar, de enviar y recibir, mientras manifiesto mis dificultades o preocupaciones. Luego, al venirme a la mente impresiones o nombres, hago una pausa y anoto esos pensamientos en un papel junto a mi cama o en mi teléfono, y continúo.

Al levantarme y comenzar mi día, la revelación sigue llegando de forma continua, mientras guardo una oración en mi corazón quebrantado y sensible.

Nro.2. ¡He descubierto que Dios desea que lo encontremos!

Jeremías 29:13 dice: “Y me buscaréis y me hallaréis cuando me busquéis con todo vuestro corazón”.

Lo que a Él le importa es la práctica de buscar.

En primavera, tenemos la tradición de esconder huevos de colores brillantes para que nuestros hijos y nietos los busquen fuera de la casa y ¡todos lo disfrutan!

Pero no escondemos esos huevos de Pascua para mantenerlos alejados de nuestros hijos. ¡Queremos que los encuentren!

¿Se imaginan a papá diciendo: “Hijos, este año he escondido los huevos en lugares donde nunca los van a encontrar, y aun si lo hicieran, no podrán alcanzarlos”?

No, un buen padre nunca haría eso. Nuestro amoroso Padre Celestial realmente desea que lo busquemos y lo encontremos, pero una cosa está clara: Él preserva nuestro albedrío. Desea ayudarnos con bendiciones que ya está dispuesto a darnos, pero que están condicionadas a que las pidamos.

Él nos invita a todos a buscarlo y llegar a conocerlo mediante el proceso de la oración. Ese es el acuerdo.

Creo que Él también desea que nuestras oraciones sean un espejo a través del cual nos veamos como Él nos ve, y una ventana para ver a los demás como Sus hijos, quienes necesitan nuestra ayuda cada día.

Nro. 3. La oración nos cambia.

El Libro de Mormón relata la historia de cómo Nefi y su familia fueron guiados por el Señor a las Américas. Nefi llegó a ser profeta y líder de los nefitas, a quienes se refería como “mi pueblo”. En un momento dado, expresa con ternura: “Porque continuamente ruego por ellos de día, y mis ojos bañan mi almohada de noche”.

Siempre había pensado que Nefi fue un gran líder por preocuparse tanto por su pueblo. Sin embargo, la última vez que leí este relato, me llamó la atención que su pueblo también podría referirse a su familia: su esposa, sus hijos e hijas, sus hermanos y hermanas, y todos sus familiares.

Yo también he orado por “mi pueblo” durante el día, y mis ojos han bañado mi almohada por la noche.

He orado por resultados específicos, por circunstancias más fáciles, con algunas peticiones repetidas por semanas, meses e incluso años.

Y he visto milagros.

No es que todas esas circunstancias o resultados hayan cambiado, pero yo he cambiado y también mi relación con mi Padre Celestial.

Hay una historia de un hombre cuya esposa tenía cáncer. En una ocasión, después de que su cáncer entrara en remisión, sus amigos le dijeron: “Debes estar muy feliz ahora. Dios finalmente escucha tus oraciones”. El hombre respondió: “No es por eso por lo que oro. Oro porque no me puedo ayudar a mí mismo. Oro porque estoy indefenso. Oro porque siento la necesidad todo el tiempo, al caminar y al dormir. La oración no cambia a Dios; me cambia a mí”.

Para mí, la oración se ha convertido en una especie de botón de reinicio. Cada mañana, puedo salir de mi mundo sujeto al tiempo y ver el panorama completo, convirtiéndome de nuevo en una persona llena de fe. Me ayuda a sentir que el universo vuelve a encajar, especialmente cuando la vida parece tan aleatoria y llena de sufrimiento.

Y a veces, cuando no hay alivio de mi dolor, la única respuesta ha sido estas dos palabras: “Lo sé”, que no es tanto una respuesta como una garantía de un Dios amoroso de que no estoy sola.

Mis amigos, si tienen dificultades con la oración, sigan orando.

Cuando sientan que el cielo guarda silencio, sigan orando.

Y en esos días en que se pregunten en voz alta: “¿Por qué orar?”, permítanme ofrecerles esta respuesta: ¡Porque Jesucristo lo hizo!

Cuando vivió en esta tierra y regresó como un ser resucitado, oró a Su Padre como si eso hubiera marcado toda la diferencia.

Y así fue.

Y puede marcarla para ustedes y para mí.

Sigamos orando, en el nombre de Jesucristo. Amén.